

Pluralidad del pluralismo

Javier Echeverría
Fundación Vasca para la Ciencia
Universidad País Vasco

La contraposición entre el pluralismo y el monismo se ha planteado muchas veces a lo largo de la historia de la filosofía. Dicho debate ha tenido diversas facetas. Mi propósito en esta contribución consiste en evocar esa variedad de aspectos, con el fin de proponer algunos argumentos a favor del pluralismo en filosofía.

1. Numerosos filósofos clásicos desarrollaron sistemas omnicomprendidos para explicar y dar sentido al mundo, el ser, la existencia y la historia. Aun estando todos ellos convencidos de que la tarea del filósofo consiste en reducir la multiplicidad a unidad, conforme al *dictum* platónico, de hecho propusieron diferentes principios o sistemas explicativos, por ejemplo el *cósmos noetós*, la *Physis*, los átomos, Dios, la Razón, la Naturaleza, el sujeto Trascendental, el espíritu Absoluto, la Materia o la Voluntad. Lo notable es que, aunque esas propuestas filosóficas se mencionen las unas a las otras, aportan grandes cambios conceptuales y, en último término, son irreductibles entre sí. Por tanto, incluso entre los pensadores más proclives al monismo ha imperado la *pluralidad*. Esta constatación histórico-filosófica aporta un primer argumento a favor del pluralismo. Ninguna de las propuestas monistas ha generado un consenso universal, por mucho que todas ellas hayan afirmado su pretensión universalista. Históricamente hablando, y centrándonos en el pensamiento de origen europeo, parece que la pluralidad de propuestas y aportaciones forma parte constitutiva de la filosofía. Si nos remitimos a otras tradiciones de pensamiento, como la oriental, el pluralismo todavía sería más acentuado.

2. Si concebimos la filosofía como una problematización de lo real, más que como una propuesta explicativa sistemática, la constatación es similar. No hay un solo problema filosófico, sino varios. En cuanto al orden en el que plantear los problemas, también difiere según los autores. La filosofía, aunque esté basada en cuestiones que a todos nos conciernen, como suele decir Víctor Gómez Pin, tiene múltiples raíces, troncos y ramificaciones, de modo que unos problemas son más relevantes que otros en función de las épocas y las culturas.

3. La pluralidad queda todavía más clara si se tienen en cuenta las diversas temáticas filosóficas. Cuando hoy en día se habla de pluralismo, suele aludirse a cuestiones políticas, sociales y culturales. Sin embargo, el problema presenta otras muchas facetas, no menos importantes: la metafísica, la teológica, la

ontológica, la noética, la epistemológica, la metodológica, etc. Este es un tercer argumento a favor de la pluralidad del pluralismo, que se ejemplifica en los diversos planteamientos que tanto los monistas como los pluralistas han sostenido. Como dice Ferrater Mora, «el pluralismo se ha manifestado en múltiples formas en la historia de la filosofía»¹. Aun así, el propio Ferrater Mora estima que hay concepciones pluralistas más consistentes que otras: «la filosofía monadológica de Leibniz es un pluralismo decidido, en tanto que las diversas formas del atomismo filosófico podrían ser simplemente un compromiso entre lo uno y lo múltiple»². En la época contemporánea, «el pluralismo más resonante ha sido indudablemente el de William James»... que constituye, por así decirlo, una monadología encaminada a la realización de una síntesis entre la continuidad y la discontinuidad»³.

4. Empezaré evocando brevemente a Leibniz, luego mencionaré a James. En la correspondencia entre Leibniz y Arnauld, y con el fin de oponerse al dualismo cartesiano, Leibniz insistió en que el pensamiento siempre es plural. El *cogito* cartesiano no basta como fundamento, porque «no sólo pienso, sino que cosas diversas son pensadas por mí»⁴. Ese *pluralismo noético* o, dicho de otra manera, la enorme diversidad de cosas que pensamos e imaginamos, es una primera variante del problema. Si, además, tenemos en cuenta que somos muchos quienes pensamos, no solo uno, habremos de explicar la existencia de esa pluralidad de sujetos pensantes. Claro está, podemos imaginar un gran sujeto pensante, algún *Deus sive Natura* que sea quien de verdad piensa, siendo cada sujeto individual un simple modo, instanciación o emanación de dicho sujeto universal pensante. Aun así, habrá que explicar por qué ese sujeto trascendental, siendo uno, se escinde en muchos, en lugar de permanecer en su pura unicidad, pensándose a sí mismo. ¿Por qué crear un mundo? Por otra parte, ¿por qué un solo mundo, y no varios? ¿Cómo explicar la existencia de múltiples males, supuesto que Dios sea bueno, como parece obligado suponer? Leibniz tuvo que apelar a una *pluralidad de principios* para justificar la existencia de un Dios así (*Teodicea*). También se vio llevado a afirmar la existencia de una infinidad de sustancias individuales, las mónadas, cada una de las cuales expresa la totalidad del mundo desde su particular *point de vue* espacio-temporal⁵. Se afirmaba así la existencia de una infinidad de mundos, todos diferentes entre sí, y sin embargo unificados en un cosmos único, por obra y gracia de una hipótesis metafísica particularmente fuerte

1 J. Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, vol. II, p. 436.

2 *Ibid.*, 437.

3 *Ibid.*, 437 —se refiere en particular a W. James, *A Pluralistic Universe*, 1909.

4 Carta a Arnauld, diciembre 1686, ed. Gerhardt, *Philosophische Schriften*, vol. II, p. 76.

5 «Toda sustancia es como un mundo entero y como un espejo de Dios, o bien de todo el universo, al cual expresa cada una a su manera, más o menos como una misma ciudad es representada de maneras diversas según las diferentes situaciones del que la mira» (*Discurso de Metafísica*, § IX)

y singular, la armonía pre-establecida. Leibniz también afirmó el principio de continuidad, que lleva a suponer una infinita concatenación de unos mundos con otros, tanto en el espacio como en el tiempo⁶. Sin embargo, ¿cómo no imaginar alternativamente, como Fontenelle, la existencia de una pluralidad de mundos inconexos entre sí y distintos del terráqueo? ¿Cómo asegurar la interconexión de los múltiples microcosmos, siendo así que los seres humanos han ignorado tradicionalmente la existencia de otras culturas y sociedades, centrándose únicamente en la suya y en las de los pueblos vecinos? Definiendo el mundo al modo de Leibniz, como el decurso espacio-temporal⁷, se consigue dejar de lado la hipótesis de la pluralidad de los mundos y afirmar la existencia de un único sujeto trascendental que creó esa inmensa diversidad. El mundo no es mi mundo, ni nuestro mundo, ni el mundo actual, sino toda la sucesión (en el tiempo) y toda la colección (en el espacio) de todas las cosas existentes. Hay muchos mundos, pero todos componen un único mundo, que se despliega a lo largo del espacio y el tiempo. Sin embargo, de esta tentativa de conjugar la pluralidad y la unidad se derivaron otros muchos problemas filosóficos, algunos de gran envergadura, como el de la libertad y la predestinación, a los que Leibniz pretendió dar respuesta con su sistema de la armonía pre-establecida. ¿No sería preferible prescindir de la hipótesis de la existencia del gran diseñador inteligente, capaz de conjugar en un único espacio-tiempo esa infinidad de microcosmos distintos, y afirmar resueltamente un pluralismo ontológico, basado en la existencia a lo largo de la historia de múltiples microcosmos, la mayoría de los cuales no tienen relaciones efectivas entre sí, aunque estén sujetos a las mismas leyes físicas y biológicas? ¿No resulta más sensato, en todo caso, proponer la hipótesis de una armonía post-establecida, y siempre parcial, dada la tendencia extrema de los seres humanos a reducir mentalmente la multiplicidad a unidad? No es fácil conciliar filosóficamente un pluralismo tan radical, el perspectivismo monadológico, con la armonización de todos esos mundos en una única mente universal y un único decurso espacio-temporal, por infinito que sea. La teoría darwiniana de la evolución puede ser considerada como la gran realización del pluralismo leibniziano, pero dejando de lado hipótesis tan caras a Leibniz como la existencia de un Dios creador y el carácter sustancial de los seres vivos. Pero incluso en este caso las tendencias monistas resurgen, por ejemplo con la hipótesis del dise-

6 «Considero que el número de almas, o por lo menos de formas, es completamente infinito y que, al ser la materia infinitamente divisible, no cabe asignar ninguna parte de materia lo suficientemente pequeña como para que no haya dentro cuerpos con alma, o por lo menos con forma sustancial, es decir substancias corporales» (*Ibid.*, 9 de octubre de 1687, GP, vol. II, p. 188).

7 «J'appelle monde à toute la suite et toute la collection de toutes les choses existentes, afin qu'on ne dise point que plusieurs mondes pouvaient exister en différents temps et différents lieux» (*Teodicea*, I, 8).

ño inteligente. En suma, los sistemas pluralistas más sofisticados mantienen vivo el debate entre el monismo y el pluralismo, pero sus intentos por resolverlo tampoco resultan satisfactorios.

5. Volvamos al pluralismo noético, sin abordar todavía los problemas que plantea el monismo teológico (monoteísmo versus politeísmo), el metafísico (unidad de lo trascendente *versus* pluralidad de lo inmanente) o el cosmológico (unidad y pluralidad de mundos). Ocurre que el pensamiento, o mejor, los pensamientos, se manifiestan a lo largo del tiempo y de la historia. Si a la pluralidad de cosas pensadas y de sujetos pensantes le añadimos la variable tiempo, la pluralidad de *mundos de pensamiento* se incrementa exponencialmente. Otro tanto cabría decir de los *mundos de vida* (*Lebenswelten*), o *mundos de experiencia*. ¿Que buena parte de esos modos de pensar y vivir se agrupan en sistemas, paradigmas, creencias y *Weltanschauungen* conjuntas y colectivas? Sin duda, pero ello no obsta para que en todo momento se haya desarrollado una pluralidad de concepciones y modos diferentes de entender los mundos respectivos. Cada cultura implica una noésis específica, ¿cómo integrarlas en una noésis única, siendo así que la distinción entre géneros y especies vale, en todo caso, para las entidades biológicas, no para las sociales o culturales? Si conocemos, habitamos y nos constituimos en microcosmos distintos, ¿cómo afirmar la unidad del conocimiento humano? Hay dos grandes vías para lograrlo: la primera, afirmar unas capacidades perceptivas y cognitivas semejantes para todos los seres humanos (racionalismo), y la segunda, postular la existencia de una base empírica común a todos nosotros, el mundo de los hechos (empirismo). Ahora bien, tanto las primeras como los segundos pueden ser modificadas radicalmente por la acción humana, y más concretamente por medio de las tecnologías. Pero entonces, si la acción humana transforma el mundo, ¿cómo no pensar que otras naturalezas son posibles, aparte de la que actualmente conocemos? ¿Sería un mundo el planeta Tierra tras un invierno nuclear? A mi juicio, sí lo sería, aunque no hubiera seres humanos, sino mutantes para percibirlo, habitarlo y seguir transformándolo. El factor tecnológico también contribuye a reforzar las tesis pluralistas, no es raro que muchos monistas sean tecnófobos.

6. Demos otro paso más, sin salirnos del pluralismo noético. Si nos referimos únicamente al pensamiento que se expresa por medio de lenguajes (y resulta cuando menos problemático que el pensamiento se agote en lenguaje), la enorme pluralidad de lenguas y las dificultades de traducción entre unas y otras aporta mayores apoyos a la hipótesis de la *infinita pluralidad de mundos de percepción, experiencia, vida y pensamiento*. La noción de *humanidad*, típica del pensamiento ilustrado, pudo servir para intentar integrar en una problemática común esa inmensa variedad de microcosmos vividos. Pero el *monismo antropológico* de los pensadores ilustrados, además de excluir a los animales de la condición pensante, como los actuales animalistas subrayan, da por supuesto lo que había que demostrar, a saber, que la humanidad es una, no varias. Ciertamente es que la actual

genética aporta argumentos de peso a favor de la existencia de una naturaleza humana (Steve Pinker), aunque tampoco hay que olvidar que nuestro sistema genético tiene muy altos grados de correlación estadística con los de otras especies, tanto animales como vegetales. Por tanto, por una parte se refuerza la noción de humanidad, en base a esa naturaleza genética común. Pero, por otra parte, también resulta que buena parte de nuestro código genético es similar al de otras muchas especies, lo que apoya fuertemente la tesis pluralista. Cabe decir que nuestro código genético es inter-específico, o si se quiere mestizo. Si le añadimos la ingeniería genética, el pluralismo de la especie humana (y de cualquier otra especie) puede aumentar todavía más, al ser factible la generación de entidades biológicas artificiales. Y aunque esos rasgos genéticos artificiales no sean replicables (algunos sí lo son), ello no obsta para que podamos vislumbrar la posibilidad de diversas modalidades de seres humanos, como consecuencia de la capacidad de manipulación de los genes. El pluralismo biológico tecnológicamente asistido plantea problemas éticos y ontológicos de gran envergadura, que no pueden ser soslayados. Como especulan los transhumanistas, la unidad de la especie humana está en cuestión. Dicho en una palabra: ¿humanidad o humanidades? Aunque estemos entrando en el deslizante terreno de la futurología, comprobamos que el debate entre monismo y pluralismo resurge una y otra vez bajo planteamientos diferentes, también hoy en día. Tecnológicamente no todo es posible, ni todo lo posible hay que llevarlo a cabo, pero eso no obsta para que algunas biotecnologías hayan abierto interrogantes particularmente agudos en relación a la tradicional unicidad de las especies. Valgan los alimentos transgénicos como ilustración del pluralismo posible de cada especie.

7. Tampoco hay que olvidar que la paleontología actual ha ido estableciendo toda una gradación de *hominidades*, si no de humanidades. Por otra parte, la historia de las civilizaciones y las culturas muestra una y otra vez que la negación de la condición humana a las tribus vecinas ha sido la regla, no la excepción. ¿Por qué hay grados mayores o menores de barbarie, por qué unos grupos de la especie humana maltratan, colonizan, esclavizan o aniquilan a otros, negándoles su condición humana? ¿Cómo proyectar la noción de derechos humanos a la época de las cavernas y las glaciaciones, cuando no había *pólis*? ¿Por qué imponer por las armas la noción ilustrada de humanidad, por qué evangelizar, por qué predicar la buena nueva de la emergencia del ser humano a los monos desnudos? En suma, ¿hay una humanidad o, por el contrario, cabe afirmar la existencia de varias modalidades de humanidad a lo largo de la historia? El *monismo* y el *pluralismo antropológicos* se contraponen radicalmente entre sí, sin olvidar la distinción entre la animalidad y la humanidad, que está muy lejos de estar resuelta.

8. Retornando a Leibniz, hay que subrayar que el pluralismo no solo se opone al monismo, también a las diversas formas de dualismo. Aparte del dualismo cartesiano y spinozista entre pensamiento y extensión, fijémonos en un dualismo

muy acendrado, el que opone estrictamente lo verdadero a lo falso. Desde Malebranche a Popper, siempre se ha hablado de la búsqueda de la verdad, no de la búsqueda de las verdades. Supuesto este *monismo epistemológico*, han abundado los autores que han postulado la existencia de un único método para buscar la verdad, promoviendo el *monismo metodológico*. Sin embargo, ni siquiera hay que recurrir a Feyerabend para afirmar el pluralismo metodológico, puesto que los propios científicos lo practican desde hace siglos. La racionalidad dicotómica, tan cara a los filósofos platónicos, intentó ordenar el mundo de las ideas, y luego el de los géneros y las especies, conforme al esquema conceptual de las clases disjuntas, oponiendo lo blanco a lo negro y lo verdadero a lo falso, *tertium non datur*. Por el contrario, el pluralismo distingue una gran variedad de colores y una pluralidad de grados de verdad y falsedad. Desde la perspectiva metodológica, utiliza lógicas polivalentes, borrosas y paraconsistentes. El debate entre monistas y pluralistas también ha llegado a la lógica, en particular conforme se han ido introduciendo explicaciones probabilitarias y multifactoriales, no basadas en la certidumbre ni en el modelo lineal de la causa eficiente. Un fenómeno puede tener una o varias causas. Estos últimos son los más frecuentes, y por ende la explicación pluralista tiene tanta o mayor vigencia que la monista. Un hecho puede tener un grado de probabilidad, sin ser cierto ni falso al 100%. Las clasificaciones que han intentado escindir lo clasificado en clases disjuntas han acabado admitiendo grados intermedios, zonas fronterizas y mestizajes que rompen las dicotomías inicialmente postuladas. En suma, las propuestas pluralistas suelen ser *gradualistas* y *evolucionistas* a la hora de discernir unas cosas de otras. Evoquemos el principio de relevancia de las distinciones graduales, que formuló Ulises Moulines, y que está a la base de las epistemologías pluralistas: «son filosóficamente relevantes las distinciones conceptuales que atienden solo a diferencia de grado y no a diferencias absolutas en el objeto o dominio de estudio»⁸. Y aunque el propio Moulines admitía que la lógica y las matemáticas podían ser una excepción a ese principio-guía epistemológico, lo cierto es que la evolución de la propia lógica matemática ha ido en esa dirección, admitiendo diferentes grados de verosimilitud, certidumbre y probabilidad. El ordenamiento lógico basado en las dicotomías y las clases disjuntas está en cuestión, y con él el monismo, del que el atomismo lógico no fue sino una de sus manifestaciones conceptuales.

8. Pasemos a otra de las vertientes del debate, la religiosa o teológica. En este caso nos topamos con monoteísmos, dualismos y politeísmos, así como con múltiples objetos, rituales y lugares sagrados. Por lo general, ser religioso implica creer en la existencia de alguna entidad trascendente o sobrenatural, con la consiguiente diferenciación entre dos mundos. Además, conlleva una estrecha

8. U. Moulines, *Exploraciones metacientíficas*, Madrid, Alianza, 1982, p. 32.

religación con otros seres humanos, los fieles a una misma fe. La noción de divinidad es polívoca, sin perjuicio de que cada iglesia afirme que su dios es el único verdadero y los demás son falsos dioses. Si ya el mundo natural se caracteriza por la enorme variedad de especies y formas de vida, también lo sobrenatural está poblado por múltiples dioses auténticos, con los consiguientes conflictos entre sus seguidores. Leibniz fue un defensor de la unidad de las iglesias, pero su proyecto irenista tuvo un éxito muy escaso. En el caso de William James, su pragmatismo le llevó a identificar a dios con la «esperanza de cada individuo en sus posibilidades futuras, la confianza de cada ser humano en sus posibilidades»⁹, como comenta Ramón del Castillo en su introducción a este libro. De esta manera, pluralizó la divinidad, al vincularla a cada uno de los creyentes y, por así decirlo, multipersonalizarla. Por supuesto, con ello no resolvió el debate entre el monoteísmo y el politeísmo, pero al menos aportó una nueva expresión filosófica al mismo. Cada cual es libre de denominar o no 'dios' a sus esperanzas futuras. Según James, la hipótesis de dios se justifica pragmáticamente, en la medida en que aporta confianza y seguridad en sí mismo al sujeto que hace suya dicha hipótesis, y cree en ella¹⁰. Quien no haga hipótesis al respecto, puede vivir sin dios, pero dejando que los creyentes mantengan y celebren su divinidad propia o común a su manera. La tolerancia religiosa y la libertad de conciencia son dos de las principales expresiones del pluralismo en cuestiones tan difíciles (y muchas veces sangrientas) como las teológicas. El pluralismo religioso es indispensable a la hora de articular otras modalidades de pluralismo (social, político, cultural, etc.). Valga esta primera alusión a James para evocar otro de los flancos del debate, sin adentrarnos en mayores profundidades.

9. Sin embargo, el pluralismo de James se orientó ante todo a cuestiones ontológicas y cosmológicas, puesto que defendió la pluralidad del universo: el *multiverso*, como él decía. El problema de lo uno y lo múltiple le había llegado a parecer «el problema filosófico más importante de todos»¹¹. También fue consciente del tradicional sesgo de la filosofía en pro de la unidad: «la filosofía siempre ha manifestado, por encima de todo, su interés por la unidad»¹². Asimismo señaló que «la unidad de las cosas siempre se ha considerado más ilustre, por así decir, que su variedad»¹³. Esa constatación es muy cierta, al menos desde Platón. Pero esa mayor autoridad y hondura filosófica que se atribuye al monismo tiene unos «fundamentos místicos, más que intelectuales»¹⁴. Su pragmatismo preten-

9 W. James, *Pragmatismo*, Madrid, Alianza, 2000, p. 28.

10 «Quienquiera que insista en que hay un diseñador y que esté seguro de que tiene una naturaleza divina, obtendrá cierto beneficio pragmático del uso de ese término; el mismo, en efecto, que vemos que nos rinden los términos 'Dios', 'Espíritu' o 'Absoluto'», W. James, *op. cit.*, p. 120.

11 W. James, *op. cit.*, p. 128.

12 *Ibid.*, p. 129.

13 *Ibid.*

14 *Ibid.*, p. 142.

día «abjurar tanto del monismo absoluto como del pluralismo absoluto»¹⁵. Aun así, no preconizó la equidistancia: «el pragmatismo debe dar la espalda al monismo absoluto y seguir la senda más empírica del pluralismo»¹⁶. Como en el caso de los dioses, la pluralidad de mundos es una cuestión de hecho que la filosofía ha de afrontar, por eso propuso la noción de multiverso, opuesta a la de universo.

10. Esta tesis jamesiana tiene consecuencias que merece la pena explorar. Desde una perspectiva pluralista, un valor de tanta raigambre filosófica como la universalidad habrá de ir dejando paso a la *pluriversalidad* o pluriversidad como nuevo objeto y objetivo de la reflexión filosófica. Obsérvese que decimos pluriversidad, no multiversidad, como hacía William James. Se trataría de interesarse ante todo por lo que tiende a diferenciarse y diversificarse, promoviendo esa expansión de la pluralidad, en lugar de defender la unidad como principio de organización racional. Por poner un ejemplo particularmente provocativo, y coherentemente con esta propuesta, las Universidades habrían de evolucionar y convertirse en *Pluriversidades*. Un empeño así, la Pluriversidad de las Artes, las Ciencias, los Conocimientos y los Saberes, es una de las empresas filosóficas del siglo XXI, si concebimos el siglo presente desde una perspectiva pluralista. Se pondría en práctica de esa manera la *convergencia de disciplinas* propugnada por John Dewey, como señaló en su momento Fernando Salmerón¹⁷, y ha subrayado recientemente León Olivé¹⁸. A mi modo de ver, el futuro de la filosofía se cifra en esa pluri o interdisciplinariedad. Los actuales programas de convergencia tecnológica nano-bio-info-cogno (NSF 2001, UE 2004) van en esta dirección y suscitan un profundo cambio de estructura en la organización de los saberes y de las instituciones académicas. La noción misma de universidad presupone un cierto ideal monista, al pretender unificar el cultivo de todas las modalidades de conocimiento en una única institución. De hecho, nunca ha sido así, y siempre ha habido una pluralidad de instituciones para cultivar los conocimientos. En las emergentes sociedades del conocimiento, y contando con la ayuda de las tecnologías de la información y la comunicación para interconectar culturas y valorizar las distintas formas de conocimiento, un proyecto de Pluriversidad del Conocimiento comienza a ser viable. La filosofía tiene un papel importante a jugar en ese proyecto, siempre que renuncie a sus pretensiones originarias de ser la ciencia primera, auto-atribuyéndose una función normativa respecto a los demás saberes. La pluralidad es la mediación entre lo uno y lo múltiple, porque no se limita a ser la iteración de la unidad, ni pretende jerarquizar lo múltiple,

15 *Ibid.*, p. 145.

16 *Ibid.*, p. 148.

17 F. Salmerón, «Sobre el concepto de interdisciplinariedad», en *Obras Completas*, vol. 5, México, El Colegio Nacional, 2004, p. 241.

18 L. Olivé, *La ciencia y la tecnología en la sociedad del conocimiento*, México, FCE, 2007, pp. 122-125.

ordenándolo linealmente (como en los saberes positivos de Comte) ni en forma ramificada, al modo del árbol de las ciencias. Las pluriversidades del futuro estarán organizadas en torno a redes pluridisciplinarias de conocimiento basadas en la pluralidad de las aportaciones respectivas y en la diversidad de agentes que impulsan la I+D+i, conforme a la estructura de las tecnociencias actuales. Las pluriversidades habrán de ocuparse de la unidad y la multiplicidad de las ciencias y los saberes, interrelacionándolos entre sí, pero sin pretender reducir los unos a los otros. El reduccionismo metodológico, tan ensalzado por la filosofía analítica de la ciencia, ha de ser reemplazado por la interrelación y la convergencia entre las diversas modalidades del saber, que son varias, y no una.

11. Otro argumento a favor del pluralismo ontológico y físico-biológico surge si introducimos la noción de *pluralidad de escalas*. Las concepciones monistas han postulado la existencia de grandes entidades (el Ser, Dios, el Universo, la Naturaleza, el Mundo), con el fin de intentar englobar en una Unidad a todas las modalidades de existencia. Si, además, dichas entidades eran inmutables, intemporales o eternas, sus pretensiones de representar a lo Uno tendían a ser hegemónicas. Casi todos los principios omniexplicativos antes enumerados tienen esas características. Contrariamente a ello, hay que prestar atención a lo pequeño y a lo efímero, a lo que es *flor de un día*, porque conforma una de las principales manifestaciones de la pluralidad. Si distinguimos los microcosmos de los mesocosmos y los macrocosmos, y atribuimos a esas tres escalas relevancia filosófica, independientemente del tamaño, extensión o duración de los correspondientes mundos, sucesos, procesos o relaciones, la concepción pluralista encuentra otros muchos ámbitos de estudio y reflexión, que los monistas suelen despreciar olímpicamente. Muchas modalidades de pluralismo óptico son pequeñas y efímeras, pero ello no implica que no existan. Por cierto, el reciente descubrimiento de los nanocosmos refuerza considerablemente las tesis pluralistas. Así como el cosmos se ha ampliado a gran escala con el descubrimiento de las galaxias, las supernovas, los agujeros negros y el resto de entidades que componen la llamada flecha del tiempo y el actual universo, así también por abajo proliferan nuevos ámbitos de lo real, los nanocosmos, hasta ahora indiscernibles para los seres humanos, pero operativos en múltiples procesos materiales, orgánicos y fisiológicos. La variedad y pluralidad de esos nanocosmos resulta fascinante, abriéndose así un nuevo ámbito donde plantear el debate. Ni el universo newtoniano ni los átomos de Bohr son lo que eran. Se han revelado mucho más complejos de lo que se pensaba. En suma, William James tenía razón al postular la existencia de pluriversos, no solo de universos. Los pequeños pluriversos merecen una atención especial desde la perspectiva del pluralismo, aunque sean tan efímeros como muchas de las pequeñas partículas que los físicos han ido descubriendo a lo largo del siglo XX. A escala nanométrica la pluralidad se está expandiendo exponencialmente, incluida la posibilidad de transformar esos nanocosmos hasta ahora inexplorados, generando nanopartículas libres que tie-

nen propiedades muy distintas a las de esas mismas porciones de materia a escala mesocósmica y microcósmica. Dicho de otra manera, las propiedades de la materia cambian según su escala de existencia. Un argumento más para refutar el viejo esencialismo de los filósofos monistas.

12. Nuestro último argumento a favor del pluralismo se refiere a los valores. Considerados estos como funciones que los diversos agentes aplican a objetos, personas, sistemas, procesos o artefactos, y partiendo de la hipótesis de que las acciones humanas, sean individuales o colectivas, están guiadas por valores, el debate entre el monismo y el pluralismo adquiere una nueva dimensión, particularmente importante. Contrariamente a las teorías de la decisión racional, basadas en el dogma de que un agente racional trata de maximizar el grado de satisfacción de uno o varios valores, la racionalidad axiológica acotada que propugnamos, siguiendo las propuestas de la *Bounded Rationality* (Simon, Axelrod, Rubinstein, etc.), afirma que hay cotas máximas y mínimas en el grado de satisfacción de un valor, y que las acciones racionales están guiadas por una pluralidad de valores, cada uno de los cuales tiene su propio intervalo crítico de satisfacción. Tanto los valores como sus límites de satisfacción van cambiando a lo largo del tiempo y son distintos según los agentes valorativos. Sin embargo, pueden ser compartidos, con lo que se dispone de una teoría de la acción racional colectiva, no solo individual. Además, los criterios de valoración justifican la elección de los fines y objetivos, no solo la de los medios (racionalidad instrumental). En conjunto, el pluralismo axiológico se vincula a una teoría de la racionalidad que subraya el carácter complejo y pluralista de las acciones humanas.

En suma, se puede afirmar el pluralismo sin necesidad de aceptar las tesis pragmatistas ni recurrir a grandes hipótesis metafísicas, como la de la armonía preestablecida. Uno de los modos de hacerlo consiste en romper la dicotomía entre lo uno y lo múltiple, introduciendo la noción de pluralidad como un grado intermedio entre ambos polos. Lo múltiple es una iteración de lo uno, mientras que lo plural implica diferencias cualitativas entre las unidades que componen dicha pluralidad. Dicho de otra manera, cuando distinguimos varias formas de abordar filosóficamente la cuestión de la pluralidad, no estamos presuponiendo que puedan ser equiparadas ni reducidas las unas a las otras. Lo más significativo de la noción de pluralidad, en tanto se opone al monismo y al dualismo, pero también a la multiplicidad indefinida, consiste en que pone límites a la multiplicidad, y límites estrictos.

Presentados estos doce argumentos y consideraciones, voy a concluir retomando el problema en su generalidad y variedad de facetas, vertientes y aspectos. Supuesto que haya ideas, personas, mundos de vida o situaciones en las que ser en el mundo, hay varias, no una. La pluralidad es constitutiva de lo real, sin perjuicio de que existan sujetos y sistemas que pretendan reducirla a

unidad. Los defensores de lo Uno, la cúspide de las ideas según Platón, son quienes tienen la carga de la prueba y la ímproba tarea de reducir la pluralidad a unidad o dualidad. Una cosa es imaginar un *cósmos noetós* presidido por la idea de lo Uno, y otra muy distinta probar que los diversos mundos empíricamente existentes son uno y lo mismo, contrariamente a toda evidencia. Y no vale distinguir entre este mundo y el otro mundo, porque entonces ya habría dos, como mínimo. En efecto, el mundo de los cielos acarrea consigo el de los infiernos, cuando no purgatorios, limbos y otros estados intermedios. Incluso las religiones más monoteístas han acabado escindiéndose en función de los diversos textos sagrados, profetas o personas de la divinidad. Es tiempo de renunciar a los monoteísmos y aceptar que, incluso en el caso de los dioses, la verdad de su existencia es cuestión de grados. Como también hay grados de realidad, aunque esta es una tesis que tiene que ver con el pluralismo ontológico.

Y no se olvide que esta faceta teológico-religiosa no es más que una de las presentes en el debate, ni siquiera la principal. Evoquemos otros aspectos de la contraposición: lo plurimorfo frente a lo monomorfo y lo polimorfo, la pluriarquía republicana (con separación de poderes) versus la monarquía con poder absoluto y la poliarquía de los reinos escindidos, la democracia pluralista frente al imperio o el todo se vale, la competencia frente a los monopolios, la biodiversidad contra los monocultivos, las razones frente a la razón. Yendo a cuestiones de índole social, diremos que el plurilingüismo es preferible al monolingüismo, la pluralidad social y cultural a la hegemonía de una casta, clase social o cultura, la explicación plurifactorial a la monista y reduccionista y, entrando en cuestiones semánticas, la plurivocidad (conjunto limitado y diferenciado de acepciones) frente a la univocidad y la polivocidad. Si dejamos la esfera del Ser y pasamos a la de los Valores, la tesis es similar: los bienes son varios, no hay Bien Supremo. Y otro tanto sucede en el caso de los males, cuya diversidad es todavía mayor que la de los bienes. El pluralismo axiológico es la base para abordar las cuestiones de la racionalidad práctica, partiendo de la hipótesis de que las acciones humanas, y aun las animales, son guiadas por una pluralidad de valores, no por ningún Valor Supremo a maximizar, sean cuales los medios para lograrlo.

Dos palabras sobre el pluralismo político, tal y como puede ser entendido en la época de la globalización. Frente a los sistemas de gobierno confinados a límites territoriales, con las correspondientes fronteras y límites jurisdiccionales, hoy en día se plantea el problema de la gobernanza más allá de las soberanías populares. Dicho de otra manera: no estamos ante un *démos* único y soberano que se da a sí mismo sus propias reglas de convivencia y de gobierno, sino ante un *démos* plural, que ha de concertar en foros internacionales y transculturales las reglas básicas de interrelación entre los Estados, Naciones y Pueblos. Por eso cabe hablar de una *pluridemocracia*, con nuevas formas de parlamentar y resolver conflictos. Las circunscripciones y jurisdicciones donde un poder es soberano son una tentativa de que impere la Unidad en el ámbito político. Sin embargo,

la propia evolución de los Estados democráticos, y la actual emergencia de esas formas de gobernanza pluridemocrática, convierten en obsoleto el modelo ilustrado de democracia, basado en la noción de una soberanía absoluta, aunque fuera del Pueblo.

El pluralismo también impera en el mundo material, sea vivo o inerte. Si solo hubiera una estrella o una galaxia, no habría cosmos. Si un elemento químico, no habría materia. Si solo un órgano, no habría cuerpos vivos. Una única neurona no hace cerebro. Lo ente es plural: los entes. Afirmamos el pluralismo ontológico, pero también otras modalidades de pluralismo. Los ecosistemas son infinidad, así como los mundos de vida. La Biosfera no es más que un nombre para designar la pluralidad de pluralidades que conforman los mundos de vida (y los mundos de muerte, que no hay que olvidarlos). Dicho en una palabra: Gaia no existe, no es más que una de las nuevas manifestaciones del monismo. Ni siquiera el planeta Tierra es separable de la pluralidad de planetas que componen el sistema solar, y en particular de los múltiples ángulos desde los cuales se proyecta la luz solar a lo largo del año y de los días. Si la Tierra no girara en torno al Sol una y otra vez, definiendo otras tantas perspectivas, no habría vida en el planeta Tierra.

La pluralidad también impera en el mundo social, en forma de etnias, culturas, edades, costumbres y modos de vivir. El hombre es un animal social, que solo se desarrolla como ser humano en interrelación con otros. Por tanto, la persona es constitutivamente plural. Un individuo no hace ni pueblo ni ciudad, una cultura solo existe porque hay otras que se diferencian de ella. La diversidad cultural es riqueza, el monoculturalismo pobreza. Desde que Sócrates y Adimanto construyeron filosóficamente la *pólis*, quedó claro que una ciudad llega a existir cuando hay varios oficios que se juntan para fundarla y, además, otras ciudades que se distinguen de ella. No hay ciudad, hay ciudades. Otro tanto cabe decir de los países, naciones y estados. Ni siquiera es una la humanidad, hay humanidades, muy distintas a lo largo de la historia.

Otro tanto ocurre en el caso de las personas, etimológicamente máscaras. Rememoremos nuestra infancia, nuestra adolescencia, nuestra madurez, nuestra creciente ancianidad: ¿hemos sido uno o varios a lo largo de nuestra vida? ¿Nos hemos relacionado con una persona o con muchas? ¿Recordamos lo que fuimos en todo momento o necesitamos olvidarnos de nuestra pluralidad constitutiva para llegar a imaginarnos como idénticos a nosotros mismos?

La ciencia no es una excepción. Hay ciencias, no ciencia. Conocimientos, no conocimiento. Métodos diversos, no un método universal y omniaplicable. Las ciencias matemáticas se declinan en plural. Las artes, no digamos.

En cuanto a las técnicas y tecnologías, en cada momento histórico hay varias relevantes, no una sola. Conforman sistemas tecnológicos con varias componentes ensambladas entre sí. Cada herramienta es usada de muy diversos modos según sus operarios. El *know how* también es plural.

Otro tanto cabe decir de las empresas, los comercios, los ejércitos y las leyes. El mundo político se caracteriza por la diversidad de ideas, partidos y organizaciones, al igual que la sociedad civil. La civilidad requiere pluralidad.

¿Y qué decir de los valores, sino que son plurales y de diversos tipos? Puede ocurrir que unos primen sobre otros, e incluso que algunos creen que existe un valor superior a los demás. Las creencias monistas pueden resultar tranquilizadoras, pero la reflexión filosófica siempre ha sido capaz de desengañarse de ellas. El pluralismo axiológico es indispensable en filosofía de los valores.

El *lógos* divino es uno, posiblemente impronunciable, las lenguas humanas muchas y diversas. Tienen aspectos comunes, también diferencias. Babel es la regla, no la excepción. E incluso en los ámbitos teológicos, hay varios dioses que pretenden ser el único verdadero. La antigua Grecia lo entendió bien, como otras muchas culturas. Nietzsche sintetizó con gracia el politeísmo al decir que los dioses murieron de risa al ver la pretensión de un Dios Único.

También el querer y el deber son plurales, no digamos los deseos o las emociones. Cabe discutir luego si un querer o un deber son predominantes, pero con base en una pluralidad originaria. En cuanto al deseo, es polimorfo y, según Freud, perverso.

¿Y las percepciones? Una especie que solo tiene un sentido tiende a desaparecer, solo sobreviven los seres vivos con capacidad plurisensorial. Además, tienen infinidad de percepciones, muy distintas las unas de las otras. El pensamiento y la imaginación incrementan la pluralidad de las ideas e imágenes, al generar ficciones, mundos de ensueño y alucinaciones. La capacidad perceptiva de cualquier ser vivo cambia con el entorno, la situación y la evolución ontogenética y filogenética. Un único estímulo resulta insoportable para cualquier ser vivo.

Los ejemplos podrían ser muchos más, así como los argumentos en pro de la pluralidad del pluralismo. Mírese por donde se mire, lo que aparece es la pluralidad, según diversos aspectos, modalidades y escalas. La filosofía ha de afrontar el desafío que plantea el creciente despliegue de la pluralidad, renunciando a sus viejas tentaciones monistas, por acendradas que estén en su historia.

Junio de 2008